

EL ECO DE LA CLASE OBRERA.

PERIODICO

DE INTERESES MORALES Y MATERIALES

FUNDADOR Y DIRECTOR

el operario.

RAMON SIMÓ Y BADIA.

Este periódico se publica todos los domingos. Precio de suscripción: en Madrid, 2 rs. al mes, llevado á domicilio; en provincias, 2 reales, que podrán remitirse en dos sellos de á real. Puntos de suscripción: Madrid, en la Administración, calle de Santa Clara, n. 6, cto. pral. izqda.; en la Redacción, calle de la Libertad, núm. 4, cuarto 4.º Barcelona, librería de Cerdá, plaza del Angel. Palma de Mallorca, librería de Pedro José Gelabert. Reus, imprenta de don Pedro Sabater. Mataró, librería de Abadal. Igualada, librería de don Joaquín Abadal. Valladolid, Santarén.

ADVERTENCIA.

Hoy publicamos el segundo medio pliego de las observaciones dirigidas por los comisionados de la clase obrera de Cataluña á la comision de las Córtes que entiende en el proyecto de ley sobre industria manufacturera. En el número próximo daremos el último medio pliego

SECCION EDITORIAL.

DE LA ASOCIACION.

II.

Lo hemos dicho: la asociacion es un hecho inevitable, porque es una consecuencia lógica de la naturaleza del hombre. Si las inteligencias tienen un fin comun, que es la verdad, deben unirse en él, y en él encontrar un lazo indisoluble. Pero esta union no destruye la individualidad, porque el hombre á mas de inteligente es libre, y esta libertad le hace vivir con vida propia, independiente del mundo que le rodea. De otro modo seria incomprendible la esencia humana, puesto que implica contradiccion una existencia que no es independiente, una vida que se confunde en otra vida.

Probado esto, y encontrada de este modo la base lógica del hecho que examinamos, pasaremos á considerarle bajo otros aspectos, como en nuestro anterior artículo prometimos. La asociacion en su aspecto social es necesaria, como medio seguro, como recurso supremo para resolver los árdulos problemas que agitan al mundo; y es legítima, porque se apoya en un derecho, que nadie puede negar. El hombre, ser maravilloso que encierra en su mente el tipo de la creacion, ángel caído que guarda en su razon un universo para oponerle á otro universo, no seria nada, si el principio de la asociacion no estuviese encarnado en su seno. Condenado á luchar en vano con la materia, en vez de ser su dominador, si las fuerzas individuales no se unieran, careceria de razon de ser y moriria á impulsos de la contradiccion de su origen. Por eso es incomprendible sin la sociabilidad, una

de las cualidades que le constituyen y que es el complemento de su libertad, por eso jamás ha existido sin ella, y la idea de un hombre aislado repugna á la inteligencia y espanta al corazon.

El hombre es el rey de lo creado, y á su anfojo lo modifica y lo varia. Dotado de la inteligencia que conoce y de la razon que crea, mira como el mundo ha de ser suyo, y encontrándose débil para alcanzar tan altos fines, une sus fuerzas con las fuerzas de otro, su razon con la de otro, y realiza su voluntad llevando á cabo la obra de su dominacion. El avasalla las fuerzas ciegas de la naturaleza y la subordina á su voluntad, arranca á la tierra el sustento, la roba sus tesoros, tuerce el curso de los rios, surca los mares, atraviesa veloz como el pensamiento los espacios, y no contento aun, se atreve á dar leyes á los astros en su eterna carrera. Y él, miserable criatura, impone al universo su prepotente voluntad, y llevado en alas de su deseo, toma posesion de lo creado como cosa propia, erigiéndose en absoluto señor y esclusivo dueño. Tales son los resultados de la asociacion. Por ella se libra el hombre de la tiranía de la naturaleza, y por ella se liberta de la tiranía social: que no alcanzaría completo desarroyo, si no consiguiera la plenitud de su libertad por mas que consiguiera un desenvolvimiento colosal de inteligencia. La tiranía con que le abrumba la naturaleza, al nacer, pesa sobre él aun, oculta bajo una forma, cuando pasa al estado social, y esta tiranía es superior á las fuerzas individuales si no acudieran al santo principio de la asociacion. Y hé aquí como se concibe la asociacion dentro de la asociacion, la sociedad dentro de la sociedad, es el estrechamiento de los vínculos sociales, que darán por resultado una organizacion armónica y solidaria, en vez de la que existe, propia solo para la guerra, inapta para la paz. La organizacion social, ruda en un principio, como que solo es la union necesaria de las fuerzas individuales para resistir la opresion de la na-

turalaleza, vá cada vez mejorándose hasta llegar á un estado en que la inteligencia y la libertad sean completas, en que no existan tiranías de ningun linage. Y cuando esto suceda, la asociacion, que hoy es la sociedad en la sociedad, será un fin y no un medio, será un estado definitivo y dejará de ser un accidente. Pero mientras llega ese estado, y para que llegue, fuerza nos es abogar por la asociacion tal como la conocemos, fuerza nos es trabajar por conseguirla, poniendo en evidencia sus grandes beneficios en todos los hechos sociales.

Pasaremos por alto la division del trabajo, primera de las evoluciones económicas de la humanidad, porque no hay quien ignore su significacion. La division de trabajo es el primer ejemplo de asociacion que descubre la lógica. Por ella pasa el hombre del estado salvaje á la civilizacion, por ella pasa de esclavo de la naturaleza á ser su dueño, y por ella principia la grande obra de su desenvolvimiento. Un hombre solo jamás podria allegar los medios suficientes para satisfacer sus necesidades, y victima de una impotencia desconsoladora moriria de miseria ó viviria la vida del bruto; pero cuando los hombres se asocian, qué diferencia de condicion. Nacen la agricultura y las artes, toma vuelo el comercio, aparecen las ciencias, y el mundo se convierte en teatro de la actividad humana, ofreciendo al hombre, en vez de horrible cárcel, morada deleitosa. Mas esto ¡cuantos dolores no cuesta, y cuantas penas no produce! Todos saben que la division del trabajo, absolutamente aplicada, sumerge al hombre en una deplorable ignorancia, y le acarrea un vergonzoso embrutecimiento, porque dedicado á un objeto esclusivo, imposibilita el desarrollo de su inteligencia y se convierte en máquina grosera. Funestos resultados de la mala aplicacion de una verdad fecunda! Buscábase en la asociacion un remedio, y se encontró, mas no habiéndose usado como se debia, produjo á la par un

mal. La falta de organizacion forzosamente habia de dar semejante resultado.

Y el hombre entonces, indignado de su destino y del humillante estado á que el trabajo *parcial* le reducía, puso en juego su razon y sometiendo á su voluntad las fuerzas ciegas de la materia inventó las máquinas. La naturaleza toda se humilló ante el génio del hombre, y le presentó sumisa sus tributos. Desde aquel momento no hubo empresa imposible ni obstáculo insuperable: todo fué hacedero. Pero el hombre, dueño de la creacion, se hizo siervo de si mismo. La invencion de las máquinas abrió un abismo entre hombres y hombres, introdujo en la sociedad divisiones profundas, y fraccionó la humanidad. Los hombres dejaron de ser iguales para ser unos esclavos, y otros señores, y la guerra empezó en el mundo. Y la humanidad nuevamente burlada en sus cálculos y engañada en sus esperanzas, creyó que el remedio estaba en exagerar el mal, y aumentando con continuos ensayos la creacion de las máquinas, produjo la concurrencia. Al llegar aquí, la guerra antes inevitable y ciega, se organiza, y los males se agravan en espantosa proporcion. La solidaridad, que, como refulgente estrella, brillaba en el horizonte humano, se pierde entre las nieblas del egoismo, la union se convierte en fraccionamiento, la organizacion, aunque instintiva en desenfreno liviano y procaz.

Los dolores que el género humano sufre son muy grandes, la lucha es mortífera, las angustias crueles. ¿Dónde se encuentra la armonia, conclusion de los dolores y de la guerra? Nosotros creemos, y lo probaremos, examinando uno por uno todos los hechos económicos, que acabamos de enumerar, que si la asociacion no resuelve el problema, calma el sufrimiento, y mitiga lo acerbo de la pena. Como tal la defendemos. ¿Y quién nos asegura que no se necesita un calmante antes de llegar al remedio heroico?

M. G. M.

Ha llegado por fin el tiempo de presentar á las Córtes la exposicion de la clase obrera. Va acompañada de 53,000 firmas. Entre estas figuran:

Las de Cataluña por.	22,000
Las de Sevilla por.	4,540
Las de Alcoy por.	1,280
Las de Navarra por.	1,141
Las de Antequera por.	1,028
Las de Valladolid por.	1,000
Las de Málaga por.	958
Las de Córdoba por.	650
Las de Madrid por.	600

El resto ha sido recogido en Valencia, Murcia, Coruña, Santander y algunos otros pueblos de menos importancia.

Presentarán la exposicion á las Córtes los SS. Alsina y Molar por los obreros de Cataluña, el Sr. Mesa por los de Málaga, los SS. Sancho y Valle por los de esta corte, el Sr. Simó y Badia como autor del pensamiento.

Quedará probablemente presentada por toda la semana próxima. Se la está hoy encuadernando. Forma un tomo abultadísimo.

¿Han de negarse las Córtes á una pretension tan santa? ¿Sin libertad de asociacion cabe que la clase obrera halle siquiera un paliativo contra los efectos desastrosos de la maquinaria y la concurrencia, ni contra las terribles crisis por que tan á menudo pasan las naciones? Dejarnos sin libertad de asociacion ¿no es dejar á la clase mas numerosa del Estado sin un arma de combate en medio de la espantosa lucha social en que se agitan las sociedades modernas?

Negar la libertad de asociacion seria querer condenarnos á la servidumbre, agravar nuestra miseria,

provocar la creacion de sociedades secretas,
preferir la lucha individual á la colectiva,
la organizada á la no organizada,
el motin á la peticion,
hacer llegar á las manos el capital y el trabajo.

¿Será posible que las Córtes no comprendan el estado actual de la cuestion obrera? La concurrencia, que crece y ha de crecer todos los dias y es de continuo fomentada por la reforma arancelaria, obliga al capitalista á reducir todos los dias mas y mas el precio de la mano de obra. Agrégase á la concurrencia la codicia del capitalista, el afan de enriquecerse dentro del menor término posible. El precio de la mano de obra va y ha de ir sin cesar menguando. Ahora bien: ¿no sentimos los obreros necesidades? ¿no hemos de satisfacerlas? La base del salario tiene pues un limite determinado por nuestra naturaleza de hombres. Bajo las condiciones sociales de hoy cabe sin la libertad de asociacion impedir que este limite se salte? El salario está por término medio á seis reales en toda la Península, á cuatro en talleres de esta misma corte, á 160 céntimos en el campo de Córdoba y otras provincias. El limite está ya salvado. La libertad de asociacion es pues absolutamente necesaria.

Cada dia recibimos nuevas de lo mucho que se propaga en las clases trabajadoras el espíritu de asociacion. En Jaen se ha fundado un casino de obreros con el laudable objeto de encontrar en él provechosa enseñanza. En Tarrasa, villa de las mas industriales de Cataluña, existen tres establecimientos, de la misma clase. Ultimamente, segun nos escriben, acaba de abrirse otro nuevo casino, donde los socios van á buscar á la vez que apacible solaz y entretenimiento, la instruccion que tanto necesitan. Con este fin tienen cátedras de lectura y

escritura, de gramática, de aritmética etc., conocimientos indispensables á todo hombre, como que son el fundamento indispensable del desarrollo intelectual. Reciban nuestro parabien los autores de tan benéficos pensamientos, y si nuestra voz merece ser escuchada, les aconsejamos perseverancia en su buen propósito.

De Valladolid han venido mas de mil firmas adhiriéndose á la esposicion que la clase obrera presentará á las Cortes en demanda del derecho de asociacion. Segun nuestras noticias algunos obreros de la misma poblacion han sido despedidos de los talleres por el hecho de haber firmado. Actos como este no admiten comentarios. ¿Hasta cuando darán cierta gente el triste espectáculo de un odio tan brutal á las ideas y de un desprecio repugnante de la justicia?

La crisis va siguiendo en Barcelona. Las vacantes aumentan. Las asociaciones han de redoblar sus sacrificios para cubrir las necesidades de su instituto. Si las autoridades no abren, como han prometido, trabajos públicos, ignoramos como se podrá evitar la miseria que ame naza allí nuestra clase.

Efecto esta crisis por una parte del contrabando que ha entrado por las costas y provincias pirenáicas, por otra de la proyectada reforma arancelaria, por otra de la indecision que reina aun en la marcha de las cosas públicas será difícil que desaparezca mientras no cese todo motivo de inquietud y de alarma, los centros de consumos no hayan agotado los géneros extranjeros, no se demuestre palpablemente á los productores que la propuesta rebaja de los aranceles ha de servir para estímulo de la misma industria. Abrigamos recelos de que esto no mude y nos hallemos sin querer próximos á nuevos conflictos.

IMPRENTA A CARGO DE COMPAÑEL,

Calle de Isabel la Católica, núm. 4 duplicado, bajo.

IMPUGNACION

AL

PROYECTO DE LEY

PRESENTADO

POR EL MINISTRO DE FOMENTO A LAS CORTES

SOBRE

**EJERCICIO, POLICIA, SOCIEDADES, JURISDICCION E INSPECCION DE LA
INDUSTRIA MANUFACTURERA.**

I.

Existe desde hace tiempo una lucha entre el capital y el trabajo.

El capital dice: si he de sostener la concurrencia, he de abaratar mis productos; si abaratar mis productos, rebajar el salario del obrero.

El trabajo replica: la baja de mi salario tiene y ha de tener sus límites; no consiento en que los salve nadie. Mis necesidades todas han de ser plenamente satisfechas.

Fuerte el capitalista por sí, se encierra desde luego en sus baluartes y no capitula ni da tregua. Confía en vencer por hambre al enemigo.

Débil el obrero, busca en la asociación su fuerza. Se une, se coaliga, abandona en un tiempo dado los talleres y condena el capital á la esterilidad y al ocio.

El capital sale así vencido, mas no cede. Apela al poder público. Le presenta la asociación de sus contrarios como un peligro para el orden.

Asustadizo de suyo el poder, no tarda por desgracia

Ayuntamiento de Madrid

en darle oídos. A la mas pacífica manifestacion de los obreros se pone sobre las armas. En cada asociacion ve un club, en cada uno de sus actos una intencion siniestra, en las asociaciones todas un poder que tarde ó temprano ha de hacerle frente. Empieza por contrariarlas y acaba por querer destruirlas; y al sentirse impotente se confunde. Las leyes draconianas le parecen luego débiles para contener á los obreros. Veja, persigue, destierra, exaspera así los ánimos, y aviva mas y mas la lucha.

Aleccionados al fin los obreros, tratan tambien de buscar apoyo en ese poder público; mas ¿logran nunca ni que abjure sus temores, ni que comprenda la cuestion ni que aun comprendiéndola intente resolverla?

II.

Hace dos ó tres meses, amenazadas en su existencia las mas de las sociedades catalanas, recorrieron los obreros de Barcelona las calles al grito de asociacion ó muerte. Enviaron comisionados á esta corte. Espusieron en una sentida manifestacion sus motivos de queja. Obtuvieron del duque de la Victoria la seguridad de que serian respetados sus derechos.

¿Qué efecto han producido hasta ahora estas promesas? Zapatero continúa de capitan general en Cataluña, los directores de asociacion y hasta simples operarios están, cuando no presos, extrañados de todas las provincias industriales del reino. Empaña el hálito de la calumnia las mas puras frentes, sigue la policia como una sombra al mas honrado proletario. La espada sella constantemente los lábios del obrero.

Acaba de presentarse por otra parte á las Cortes un proyecto de ley sobre industria manufacturera: ¿qué revela esta ley mas que una completa ignorancia de la cuestion del trabajo, un odio mal encubierto á la clase proletaria, un deseo ostensible de sacrificarla ante las aras del capital y hacerle pagar en humillaciones sus primeros triunfos? La igualdad ante la ley y la libertad

están aquí torpemente violadas. No se armoniza, se divide; no se cubre siquiera de ceniza el fuego, se echa combustible á la hoguera. ¿Se habrá propuesto el gobierno conspirar contra sí mismo?

III.

Vamos á analizar con la mano en el corazon este proyecto.

¿Corresponde á su objeto? ¿satisface alguna de las necesidades que lo han indudablemente provocado?

Para resistir la baja indefinida de salarios el obrero, como llevamos dicho, se habia coaligado. Se ha declarado toda coalicion punible. Se han dejado en pie las asociaciones; pero despojadas de su fuerza. Han de ser locales. No pueden constar sino de quinientos individuos. No pueden socorrer á sus afiliados sino en casos de *falta de trabajo, cuando no sea causada por voluntad ó coalicion de los obreros*. No pueden intervenir en la tasacion de salarios. Las tarifas profesionales, fijadas de acuerdo entre dueños de taller y operarios, son por lo tanto no solo insubsistentes, sino imposibles; imposible tambien toda armonia entre el capital y el trabajo.

¿Merece verdaderamente el nombre de proyecto de ley esta série de disposiciones tiránicas? La ley es la igualdad: ¿donde está la igualdad en el proyecto? Tenia el obrero una sola arma de combate: se la arrebatan. Para esplotarle mas hallaba el capital un solo obstáculo: lo allanan y destruyen. ¿Quién sale al fin vencido? El triunfo del capital viene ya consagrado por los poderes públicos. Individual, aisladamente ¿que ha podido ni ha de poder nunca contra el capital un desgraciado obrero?

Halla el obrero, se contestará quiza, su garantia en un jurado de prohombres. Mas este jurado tiene esclusivamente por objeto *decidir cuestiones periciales y de hecho, corregir faltas, imponer penas á los infractores de los reglamentos de taller y á los de este malhadado proyecto*. La cuestion de salarios ¿es pericial ni de he-

cho? Hay un derecho, escrito aun solo en la conciencia del hombre, que niega la facultad de rebajarlos hasta impedir el legítimo desarrollo moral y material del operario. ¿Entrará en las atribuciones del jurado decidir hasta donde, en virtud de este derecho, pueden sufrir baja los salarios? podrá ni á instancia de parte oponerse á que el capital rompa esos límites? No solo entenderia entonces en cuestiones de derecho; se arrogaria, cosa imposible bajo nuestros sistemas de gobierno, las facultades del poder legislativo. Violaria la ya consignada libertad de los contratos sobre prestacion de servicios. No, el jurado podrá entender cuando mas en el modo como se hayan de cumplir estos contratos. ¿No se han celebrado aun? No empieza tampoco la jurisdiccion de los prohombres. Y es, sin embargo, en la celebracion de estos contratos donde el obrero, puesto entre las exigencias del hambre y las del capital, necesita de apoyo.

Se le deja desarmado, enteramente desarmado al obrero. Puede negarse á trabajar, se replica; mas ¿y su existencia? y la de su familia? Si se niega, estará falto de trabajo *por su voluntad*: no podrá esperar ni de la caja de su asociacion el mas ínfimo socorro. Si abandona con otros el taller, queda sujeto á juicio y tiene en perspectiva la cárcel. La cárcel le espera tambien si por desdicha no acierta á reprimir los arranques de su justa cólera y *falta al respeto* á sus explotadores.

El odio, solo el odio á una clase, tal vez la mas respetable del Estado, ha podido inspirar este proyecto.

IV.

¿Llegará á ser ley? Recibirá la sancion de la Asamblea?

Entonces el obrero estará á merced de los capitalistas. Atado de piés y manos á los de su telar, deberá recibir en silencio los escasos céntimos que aquellos quieran darles. Cada año habrá de reducir el círculo de sus necesidades; cada año verá un horizonte mas oscuro para sus pobres hijos. ¿Quién contendrá ya la baja

fatal de sus salarios? quién impedirá que sea la víctima escogida de los furiosos de la concurrencia?

V.

Ni siquiera moralmente es considerado el obrero en el proyecto como igual al fabricante. El fabricante, el mayordomo, hasta el sobrestante son *sus superiores*. Pueden ultrajarle y no puede ultrajarles. Está, si los ultraja, comprendido en el artículo 483 del Código.

¿En qué se diferenciará ya del soldado? Cada dueño de taller debe, segun el proyecto, *estender su reglamento de orden y de disciplina y tenerlo siempre á la vista de sus operarios*. Si la autoridad lo aprueba, adquiere este reglamento fuerza de ley: su infraccion es un delito. Tiene ya por lo tanto el obrero al par del soldado sus jefes y su ordenanza, su jurisdiccion especial, su fuero. Falta solo que se le dé la fábrica por cuartel, y se arme de una vara al sobrestante. Falta, decimos? Cuartel y vara hay ya para el obrero en algun lugar del Principado. No ha de tardar á buen seguro en generalizarse tan impia práctica, á ser aprobado el proyecto.

VI.

Mas he aquí lo que dudamos: que se apruebe. Ignoran acaso las Cortes el estado de la cuestion obrera en Cataluña? ignoran que la oposicion á la baja de salarios va ya tomando un carácter alarmante en todas las provincias? Hoy los catalanes; pero mañana los oficiales de albeitar en Sevilla, pasado los tejedores de paños en Cáceres, al otro dia los armeros en Truvia protestan á voz en grito contra las exigencias de los dueños de establecimiento. Las subsistencias se encarecen en todas partes, el hambre amenaza; y las autoridades aturdidas no ven ya para evitar conflictos sino el medio de poner en contacto el capital y el trabajo é inclinarles á que establezcan sus tarifas. ¿Nada han de significar para las cortes todos estos hechos?

Mas: un obrero, un joven conocedor de las necesida-

des de su época, ha concebido hace un mes la idea de redactar una esposicion pidiendo en nombre de su clase *la libertad absoluta de asociarse*. Viene esta exposicion suscrita por mas de veinte mil obreros: ¿no ha de impresionar tampoco el ánimo de los señores diputados?

«Hay, dirán los hombres sensatos de las Constituyentes, una manifiesta lucha entre el capital y el trabajo. Y pues ambos son elementos indispensables de la produccion; y sin producir no viven las naciones, conviene armonizarlos. La subalternizacion ¿es la armonia? La subalternizacion supone siempre violacion de libertad y sacrificio de intereses. Violar la libertad ¿no es destruir la personalidad humana? sacrificar intereses ¿no es romper abiertamente con la igualdad y la justicia? El proyecto subalterniza y subalterniza el trabajo. Es pues insostenible. Insostenible por absurdo. El trabajo ha creado el capital y no el capital el trabajo. ¿Le crea aun hoy ó acelera simplemente su incesante desarrollo? Si fuese posible que desapareciese un dia el capital, el trabajo volveria á darle vida. Si fuese posible que desapareciese el trabajo, el capital perderia su valor, se extinguiria. Y hemos de poner el trabajo á merced del capitalista? Tanto valdria querer subalternizar la causa al efecto, intervertir las leyes naturales. Multiplicariamos y no acallariamos las luchas; y ya que pudiesemos acallarlas, consumariamos la ruina de las grandes clases productoras, ó sea del verdadero pueblo. Para eso hemos sido llamados tras una revolucion sangrienta?

VII.

No perdamos aun la esperanza. No es fácil que toda una Asamblea se preste á ser instrumento de pasiones bastardas. ¿En qué podrán apoyar los autores del proyecto disposiciones que sobre ser injustas se rechazan mutuamente?

En el artículo segundo se declara de una manera terminante que la *autoridad* no pueda intervenir en las condiciones de los contratos sobre prestacion de servicios.

Ayuntamiento de Madrid

En el tercero la *autoridad* dice: no se estipularán estos contratos por mas de un año. En el cuarto la *autoridad* añade: y en establecimientos donde se ocupen mas de veinte personas se otorgarán aquellos por escrito. En el sexto la *autoridad* prosigue: y aprobaré para cada taller una ordenanza á que daré la fuerza que á mis leyes. ¿Sobre qué ha de versar naturalmente esta ordenanza sino sobre otras tantas condiciones del contrato?

Se declara que no ha de intervenir en nada la *autoridad*; y la *autoridad*, segun el proyecto en cuestion, no se contenta con intervenir, *legisla*. ¿Ha de aprobar cuantas ordenanzas le presenten los dueños de establecimientos? ¿Las ha de sancionar en todas sus partes? Se degrada entonces, se niega. Se pone, como ha puesto al trabajo, á merced de los capitales. Otorga en una fabrica lo que en otra prohíbe, castiga en esta lo que en aquella premia. Es esto siquiera concebible?

Mas si examina antes las ordenanzas y solo despues de corregidas las aprueba, ella y solo ella es la que da la ley y la norma del contrato. Examinará y corregirá indudablemente en virtud de una idea, un principio, un derecho; vaciará todos los reglamentos en un mismo molde. Qué importarán ciertas variaciones en la forma? Los reglamentos constituirán á no tardar un nuevo código, y este código será en la realidad hijo del gobierno; hijo de los dueños de taller solo en la apariencia.

Hay aquí tambien mala fé? hay solo falta de lógica?

VIII.

No concluye aun aquí la contradiccion mentada. La autoridad hasta ahora ha intervenido siempre en las asociaciones obreras. Mas ¿del modo que se consigna en el proyecto? La autoridad, segun este, ha de darles existencia, procurar la conservacion de sus fondos en un establecimiento de crédito, cuidar de que permanezcan completamente aisladas. Si aun así las cree peligrosas *puede obligarlas á renovar sus mandatarios*.

¿A qué vendrán á quedar ya reducidas estas suspira-

das asociaciones si se aprueba el proyecto? Su único objeto, se dice, debe ser el socorro mútuo en casos de falta *involuntaria* de trabajo. Mas aisladas, compuestas solo de quinientos individuos ¿podrán ni llenar este *único* objeto? Mañana la introduccion de una máquina, el capricho de la moda, la falta de primeras materias, otro cualquier accidente cierra las puertas del taller á un considerable número de operarios de una misma industria. ¿Sobre cuantos dias podrán las asociaciones resistir la crisis? Resistirán mejor crisis casi generales como la del 48 y la del 54? harán frente á una eliminacion de brazos como la que ha producido la aplicacion del vapor, como fuerza motriz, en nuestra misma pátria?

Estas crisis cabe evitarlas? gubernativamente cabe siquiera contrarestar sus desastrosos efectos? Cómo pues si solo á la asociacion en grande escala es dado aspirar á templarlos, se la encierra en tan mezquinos límites? La asociacion en las asociaciones, cuando fuertemente organizada y generalmente estendida, es de un poder inmenso. ¿Se ignora acaso? Supongamos que se asociasen cada una de por sí todas las artes y oficios, que en cada pueblo industrial constituyesen un centro los jefes de todas estas asociaciones obreras, que estuviesen en mútua comunicacion estos centros, que delegasen cada uno un individuo de su seno para formar un comité de provincia, que estos comites á su vez delegasen otro de sus miembros para constituir en el lugar mejor situado ó de mas importancia un comité del Reino. Las crisis generales son afortunadamente escasas, las parciales muchas. Cuando estas, sobran brazos en una industria y faltan en otra análoga; escasean en un pueblo y en otro abundan. Nadie mejor que los comités provinciales ó el nacional podrian restablecer el equilibrio. Ya que no fuese posible, donde no alcanzasen los fondos de una asociacion local, alcanzaria la subvencion de las demas asociaciones de la misma villa; donde nó las de la villa, las de toda la provincia; donde nó las de toda la provincia, las de toda la península.

La enseñanza profesional, prometida por todos los gobiernos y nunca realizada ni realizable, sería entonces fácil, — la organizaría cada industria en cada pueblo —; el abaratamiento de las subsistencias y las habitaciones contra el acaparador y el propietario, fácil, — las acopiaría cada asociación y las levantaría —; la solución del problema de la maquinaria, fácil; — templaría por de pronto la perturbación local que esta produce, y prevenirían la social que ha de seguirle las asociaciones de las industrias más análogas.

Se pretenderá acaso que montada así la asociación ¿queda sacrificada la libertad del individuo? La solidaridad establecida solo para que las clases reparen los quebrantos de sus individuos, nos parece que en nada se roza con el comunismo. Deberíamos de otro modo condenar todas las cajas de seguros; y las hay ya contra incendios, contra el granizo, contra la epizootia, contra los naufragios; se las pretende generalizar hasta contra las quiebras. ¿Quién ha levantado nunca la voz contra estas cajas?

IX.

Más conocemos bien los argumentos que se dirigen contra esta facultad de asociarse ilimitada. Precisamente porque es poderosa se la teme; hemos de consentir, se dice, en la creación de un estado dentro del Estado? Sería eternizar la guerra. Sería suicidarnos.

Pero hay ya un estado dentro del Estado. Un estado que ha sido en otro tiempo omnipotente. Un estado que aun hoy domina las conciencias desde el confesionario y el púlpito. Un estado que ha tendido una vasta red de asociaciones sobre la superficie de Europa, y merced á estas asociaciones, cuenta con grandes medios de acción y propaganda. Un estado que hoy encadena todavía la mano de los gobiernos. Un estado que no ejerce influencia solo sobre sí mismo sino sobre el otro Estado.

Es completamente estéril. Consume, no produce. Pasa sobre la tierra sin dar un hijo á la especie. Se le tolera, sin embargo. Se le pagan al año ciento ochenta millones.

Se le respeta. Se cede á muchas de sus incalificables exigencias. Y ¿no puede tolerarse la creacion de un estado productor ó, lo que es lo mismo, de un estado obrero? Podrá este obrar sino sobre si mismo? Dominio sobre las conciencias no llegará á tenerle nunca. Menos aun sobre las inteligencias. Su oro, sus grandes fondos serán desgraciadamente absorbidos casi de una manera periódica por frecuentes crisis.

Está, se replica, en la cohesion natural de sus miembros el peligro. Mas este peligro es ilusorio. Cohesion y mas que cohesion hay entre los miembros de la Iglesia: donde tiene la Iglesia esa pretendida fuerza que pueda poner en conflicto las naciones? Su fuerza no está mas que en nuestra debilidad: levantamos con firmeza la voz y la vemos doblando cobardemente la cabeza.

¿Para qué hay, además, esa cohesion en la Iglesia? solo para defender sus intereses. Dejémosla libre en su organizacion, libre en la administracion de sus bienes, libre en su enseñanza; y no será ya mas un peligro. Si lo es todavía ¿depende acaso sino de que violamos la independencia de su vida? Pretendemos aun elegir sus prelados, costear sus gastos, regular su disciplina, imponer á sus profesores nuestras obras de texto. ¿Cómo quereis que no nos sea hostil ni se subleve?

Cuando, empero, no se trata directamente de sus intereses, la cohesion no existe. Si durante la guerra civil aceptaron algunos obispos el destierro antes que jurar el pacto revolucionario, otros, y fueron los mas, lo juraron. Una gran parte del clero se decidió por D. Carlos, otra gran parte por Isabel II. Faltaria en él, mañana que triunfase la democracia, quien viniese á consagrar la república? Responda la primera revolucion francesa. El año 40 hemos visto ya un cura de aldea sosteniendo la necesidad de constituir federalmente nuestra patria; el año 50 propagar desde el púlpito las doctrinas socialistas.

Y es porque los sacerdotes son tambien ciudadanos y como tales están espuestos á ver los intereses de la ciu-

dad bajo distinto prisma. La fuerza de la asociacion ¿ha de ser nunca tanta, que imprima unas mismas ideas en la frente de todos los asociados? El hombre no abdica fácilmente su individualidad ni su soberania. Si la identidad de ciertos intereses le asocia, la diversidad de otros le obliga á limitar las relaciones que con sus consocios le unen.

¿Son de distinta condicion los obreros? Dejémosles gobernarse por si mismos en sus intereses especiales y no serán un peligro. Considerémoslos en lo demás al par de otros ciudadanos, y participarán con ellos de sus divisiones y sus luchas. ¿Qué! ahora en las asociaciones catalanas no hay ya distintos bandos? Los gobiernos atribuyen sus movimientos hoy á los carlistas, mañana á los conservadores, al otro dia á los demócratas. ¿Qué significa esto sino que cada partido aspira á hacerlas suyas y ninguno ha logrado su intento? Es tan fácil que lo alcancen?

Donde hay grandes masas y grandes talleres los partidos no necesitan para nada de las asociaciones. Si pretenden tomar á los directores de estos como instrumentos, no logran sino matar á la vez la asociacion y desvirtuar la propaganda. La propaganda puede y debe hacerse independientemente de esas asociaciones obreras.

X.

Y porque se las teme se las localiza y divide. ¿En virtud de qué derecho? Hay asociaciones de socorros mútuos que cuentan con afiliados en toda la Península. Por qué esa escepcion odiosa contra los obreros?

Por qué la escepcion mas odiosa aun de que la autoridad pueda exigir cuando quiera la renovacion de directores elegidos tal vez unánimemente por quinientos asociados?

Por qué la otra escepcion de que aun mereciendo los jefes de asociaciones la confianza de las mismas y la del gobierno no puedan ser ni depositarios de sus fondos?

Se manifiesta celo por la clase obrera; pero ese celo

no es mas que hipocresia. No el celo, el odio ha inspirado esas disposiciones absurdas.

¿Quién ha de merecer naturalmente mas confianza entre el elegido por la asociacion y el gobierno?

Los gobiernos en sus apuros no han respetado nada. Se han apoderado de los bienes de los pósitos, que eran los graneros del pueblo. Se han apoderado de los depósitos de los funcionarios públicos, que eran como todo depósito sagrados. Han arrebatado los fondos de los montes pios, que eran el paño de lágrimas de las clases pasivas. Han sacrificado á su seguridad bancos como el de San Carlos. Han puesto para su seguridad en riesgo el de San Fernando. Y hay quién se atreve á proponer que para que estén mejor garantizados los fondos de las asociaciones se los deposite en un establecimiento público?

XI.

Las asociaciones obreras, se replica aun, aspiran á tiranizar el capital: es deber de los gobiernos evitarlo. Mas ¿dónde está la tirania? Como se asocian los obreros ¿no pueden acaso asociarse los capitalistas? El poder del capital no suple acaso y con ventaja el mayor número de los trabajadores?

Asociado el capital, sacrifica hoy la pequeña industria. Acapara las subsistencias. Produce escaseces ficticias. Reduce poblaciones enteras al hambre. Si á impulsos de la miseria clama, sin embargo, el pueblo porque se detenga tan impio y funesto monopolio; no podemos violar la libertad, se le contesta. ¿No cabe violar la libertad del capital asociado, y sí la del trabajo? La razon de esta diferencia? una sola razon plausible?

La libertad es efectivamente inviolable; pero la libertad de todos. Ni sabemos como se puede atrever nadie á limitarla. Limitarla ¿no es ya negarla? negarla no es ya destruirla? Si limitamos lo inmenso, lo inmenso pasa á ser conmensurable y la inmensidad desaparece. Si lo eterno, lo eterno pasa á ser temporal y la eternidad concluye. Si lo incondicional, lo incondicional pasa á ser

condicionado y fenece lo absoluto. La libertad no ha de ser por cierto de condicion distinta: limitada no puede ser ni es ya mas que servidumbre. ¿Quién ha de despojar de la libertad al hombre? Tanto valdria *despersonalizarle*; tanto valdria matarle.

Asociarse, ahora bien, ¿es algo mas que poner esa libertad en ejercicio? El primer acto *humano* de nuestra libertad es precisamente el de asociarnos. Nos asociamos para guarecernos contra nuestros enemigos naturales y las pasiones aviesas de los demás hombres. Nos asociamos para el cambio recíproco de productos y servicios. Nos asociamos para ilustrarnos. Nos asociamos para multiplicar nuestras fuerzas y dominar las del mundo. Nos asociamos para ir venciendo los obstáculos que surgen sin cesar del desarrollo de nuestras ideas y de nuestras instituciones sociales.

Ha producido ahora este desarrollo el poder tiránico del capital sobre el trabajo y no hemos de poder convertirle asociándonos libremente? Una vasta asociación, *la Iglesia*, destruye la esclavitud antigua. Otra vasta asociación, *las cruzadas*, rompen los muros que nos separan del Oriente. Otra vasta asociación, *los gremios*, acaba con el feudalismo. Otra vasta asociación ¿no ha de poder concluir con la nueva tiranía?

XII.

Desgraciadamente no existe sola. ¿Qué de extraño que halle en los demás un firme y tal vez indestructible apoyo? Por apoyarle y solo por apoyarle se ha escrito este proyecto, se trata de achicar las asociaciones y reducir las á la nada, se crea un jurado de prohombres.

Pobres obreros! pidieron un dia este jurado para su salvaguardia y hoy se les da para su castigo. ¿Quién creéis que ha de nombrarle? la clase? no, el gobierno. ¿Qué individuos os parece que han de constituirlo? ¿Obreros y fabricantes? no, fabricantes y mayordomos. Depende solo del capricho de las autoridades de provincia que alguno ó algunos operarios entren en él con voz y voto.

Quién suponeis, por fin, que ha de ser su presidente? ¿el mas anciano de entre los elegidos ó el de mas inteligencia? no, el juez de paz del distrito. Añadid á esto que fuera de entender en cuestiones de hecho, no puede funcionar este jurado sino para infligir penas en sentencia inapelable, y comprendereis en toda su desnudez el triste motivo de su creacion, el fin de su existencia.

Estos jurados son tambien locales. Nada de un gran jurado nacional, nada siquiera de jurados de provincia. Todo fraccionado y mezquino.

Quisiéramos decir algo mas; pero se nos traba de cólera la lengua. La ira nos hace rasgar el papel con la punta de la pluma.

XIII.

«Ah! se nos dirá: la parcialidad os ciega. ¿Nosotros enemigos de la clase obrera? nosotros que no permitimos la entrada de sus hijos en el taller durante los años de la infancia? nosotros que no toleramos un trabajo de mas de diez horas para los que pasan de doce años y no hayan cumplido los diez y ocho? nosotros que nos proponemos crear inspectores en todos los centros manufactureros para que examinen y corrijan las condiciones de salubridad de los talleres?»

Callad, empero, miserables! No vengais á herirnos de nuevo el corazon con el sarcasmo. Respetad cuando menos nuestros sufrimientos. ¿Qué han de hacer en nuestro favor vuestros inspectores, cuando vosotros que los mandais nos despojais de nuestras mas santas prerrogativas y nos entregais inermes á merced de nuestros enemigos? os parecen muy poco diez horas de trabajo para los que no hayan llegado á los veinte años? cuántas creéis entonces que habremos de trabajar nosotros, los que tenemos treinta? nada os importa la cultura de nuestras inteligencias? No solo de pan, dijo Jesucristo, vive el hombre; ¿solo de pan hemos de vivir nosotros? La inactividad atrofia nuestras facultades, la division del trabajo produce esa inactividad funesta. Cuando os pi-

damos derechos ¿os atreveréis aun para negárnoslos á echarnos en cara nuestro embrutecimiento?

«No podrán, decís, entrar en el taller vuestros hijos menores de ocho años. De ocho á doce solo podrán trabajar por la mañana ó por la tarde. Ha de quedarles tiempo para que se instruyan.» Y quien sois vosotros para disponer de nuestros hijos? Si los mandamos al taller ¿es por capricho? Solo el hambre que vosotros no nos permitis conjurar nos obliga á sacrificarlos á trabajos prematuros. Por qué si tanto deseais la salud y la instruccion de nuestros hijos, no nos dais medios con que prevenir ya que no imposibilitar el hambre? Qué tendremos con que nuestros hijos se instruyan si la instruccion no les ha de servir sino para hacerles sentir mas lo precario y degradante de su estado? si han de embrutecerse luego?

XIV.

Estamos tan convencidos del espíritu de exclusivismo con que ha sido redactado este proyecto, que le descubrimos en los menores detalles. Los niños de ocho años solo podrán, segun él, ser admitidos en talleres donde se ocupen mas de veinte personas. El salario de los niños es evidente que ha de ser siempre mucho menor que el del hombre. Y pues hombres habrán de hacer en talleres de menos de veinte personas el trabajo que en los de mas desempeñan los niños, el pequeño taller no ha de poder competir con el grande. ¿Perjudica ya el proyecto solo á los obreros? Perjudica tambien á los que á costa de privaciones y sacrificios hayan logrado trabajar por su cuenta. Solo los grandes capitales, solo el verdadero capital son sus hijos mimados. ¿Y no ha de sublevar contra sí las concienciás?

En esta disposicion se revela además ignoranciá. Hay en ciertas industrias trabajos exclusivamente para niños. Un hombre no los podria resistir por mucho tiempo. Para cuidar del párvulo ¿sacrificaremos al adulto?

XV.

Otro pormenor aun: el último. En el artículo 13 se previene que si por infraccion de reglamentos ó por imprudencia ocurre algun daño material al operario, haya de sufragar el dueño de taller los gastos de curacion y satisfacerle los salarios como si siguiera trabajando. A renglon seguido, en el mismo artículo: que si el operario se inutiliza para siempre basta indemnizarle. Dónde está aquí la lógica? Por qué esta diferencia? tiene quizás precio la vida del hombre?

¡La degradacion y el desprecio en todas partes!

¡Caiga la maldicion de la humanidad sobre el proyecto!

XVI.

¿Deberemos ahora combatirle en su estructura? Sobran y faltan artículos. Se consignan derechos que desde los primeros dias de nuestra revolucion no ha puesto en duda nadie. No hay ilacion, no hay método. Están juntas las disposiciones mas heterogéneas.

¿Deberemos tampoco detenernos en probarlo?

XVII.

Señores diputados de las Constituyentes! va á presentarseos envuelta en un malísimo proyecto la cuestion mas trascendental de la legislatura. No precipiteis vuestros juicios. Examinadla con calma. Discutidla ámpliamente. Del modo como la resolvais depende la paz ó la guerra interior, la suerte de toda una clase, el porvenir de la industria; de la industria manufacturera y de la industria agrícola.

Obra en vuestro poder una esposicion acompañada de cerca de 22,000 mil firmas. Se os pide en ella la libertad absoluta de asociacion. Ved si podeis otorgarlo. Acor-daos de que, como ha dicho un escritor moderno, la libertad absoluta es la válvula de seguridad de los pueblos.

P. M.

Este folleto se vende á 6 cts. en los puntos de suscripcion al «Eco de la clase obrera.»

Madrid, 1855.—Imprenta á cargo de Compañel, Maria Cristina, 4 duplicado.

Ayuntamiento de Madrid

OBSERVACIONES
ACERCA DEL PROYECTO DE LEY
SOBRE LA
INDUSTRIA MANUFACTURERA.

DIRIGIDAS POR LOS REPRESENTANTES DE LA CLASE OBRERA
DE CATALUÑA A LA COMISION DE LAS CORTES CONSTITU-
YENTES QUE ENTIENDEN EN DICHO PROYECTO.

I.

Lejos de nosotros combatir el libre ejercicio de la industria. La aptitud pericial del fabricante y del obrero se revela en la obra. Como el mal operario no encontrará colocacion en los talleres; el mal producto no la encontrará en el mercado. Operarios y dueños de establecimientos llevarán en su propia ineptitud su castigo.

Aprobamos por lo tanto, sin salvedad de ninguna especie, el artículo 1.^o del proyecto en que se lee: » Todos los españoles ó extranjeros pueden ejercer libremente la industria manufacturera, sin necesidad de acreditar previamente su aptitud pericial. » Este artículo no hace mas que confirmar un derecho consignado en nuestras leyes.

Se añade en él que «para que gocen de este derecho las sociedades colectivas y las por acciones deberán hallarse constituidas con arreglo á las sociedades mercantiles»; mas estas palabras en nada atacan el principio de la libertad industrial, ni el de la libertad de asociacion; afectan solo la libertad del crédito. No nos incumbe á nosotros combatir las.

II.

No estamos ya tan conformes con el artículo 2.^o

Admitimos como una consecuencia rigurosa del principio de la libertad industrial, que sean *libres el uso de maquinas, utensilios, aparatos, herramientas y procedimientos mecánicos y químicos para la produccion de efectos industriales*. Admitimos que pues para conciliar los intereses de la propiedad y el progreso de las artes se ha convenido en otorgar un privilegio de mas ó menos años á inventores y á introductores; para atender á la sanidad pública, objeto legítimo de los cuidados de la administracion, se han dictado disposiciones sobre los lugares

en que puedan construirse y la forma que hayan de tener los establecimientos; y para garantizar el exacto cumplimiento de los contratos, sin el cual no hay sociedad posible, tenemos leyes escritas desde muy antiguo en nuestros códigos civiles y penales; se reduzca algun tanto el uso de dichas máquinas y aparatos con las palabras: *salvo los derechos que confieren los privilegios de invencion é introduccion, las disposiciones relativas á establecimientos incómodos, insalubres ó peligrosos y las leyes penales ó de policia y órden público que aseguren la fidelidad de las transacciones*. Admitimos aun, y no podemos menos de admitir sin pretender violar un derecho individual, bajo todos conceptos sagrado, que sean *libres los contratos sobre prestacion de servicios y obras; que la autoridad no pueda intervenir en la tasacion del salario ni en la cantidad del servicio; que no pueda intervenir tampoco en las condiciones de tiempo, medida, destajo ó cualquiera otra denominacion con que sea conocida la prestacion de obras ó servicios*. Estamos tan identificados con esta idea, que no podemos menos de condenar por ella varios artículos de este mismo proyecto. La accion de la autoridad tiene á nuestro modo de ver por valla insuperable la propiedad del individuo sobre si mismo. El hombre se pertenece, no pertenece á nadie; y nadie mas que él tiene derecho de dar valor á la fuerza de su cuerpo y de su inteligencia; nadie mas que él prescribir ó aceptar las condiciones bajo que la pone al servicio de un tercero.

En lo que no convenimos ya es en que colectivamente, es decir, asociados un determinado número de obreros de una misma eclase no podamos intervenir en las condiciones de estos contratos mismos.

Al asociarnos con otros, creemos que así lo verán los autores del proyecto, no hacemos sino poner en egercicio nuestra libertad sin violar la ajena; al delegar en uno de los asociados algunas de nuestras facultades ponemos aun en egercicio la libertad misma. ¡En qué puede fundarse esta prohibicion á todas luces injusta! Ocurre todos los dias en la esfera de los negocios privados y aun en la de los negocios públicos, que dos, seis, ciento, considerando idénticos sus intereses, elijan á uno ó mas para que se los representen ó defiendan. La otorgacion de un simple poder basta para legalizar el acto. Idénticos los intereses de los obreros de una misma clase, ¿por qué no han de poder representarlos y sostenerlos ya un individuo, ya una junta directiva elegida al efecto? La firma puesta al pie de los reglamentos de la asociacion hace aquí las veces del poder otorgado ante escribano.

El motivo racional de esta prohibicion, francamente, no sabemos verle. Se alega que obrando colectivamente imponemos la ley al capital y le tiranizamos. Mas el capital puede acceder ó dejar de acceder á nuestras pretensiones, tanto colectivas como individuales. El capitalista puede, como nosotros, asociarse. Podemos, se dice, paralizar sus máquinas; mas él nuestros brazos. Podemos, se replica, vencerle, mas él vencernos. Como nosotros somos mas ó menos fuertes por la cantidad de los que nos reunimos, ellos lo son por la cantidad de sus escudos. Las armas son casi iguales; déjesenos, y unos y otros; no tardaremos en entrar en transacciones. El trabajo no puede vivir sin el capital; mas tampoco el capital sin el trabajo. ¿No partimos todos del principio de libertad? Respétese la de todos y nacerá pronto la armonía. Si esta armonía no existe, téngase por seguro que es porque se trata de coacer en uno de los dos una libertad incoercible. La personalidad humana nunca se la viola impunemente. Para nosotros el párrafo 2.º del artículo 2.º debería estar concebido en estos términos: «Son libres los contratos sobre prestación de servicios y obras sin que la autoridad pueda intervenir en la tasacion de salarios;» y solo así lo encontramos conforme á la justicia. Suprimiríamos aun, sin embargo, las últimas palabras; «salvo las limitaciones espresadas en esta ley.»

La libertad no necesita de limitacion es; se limita á si mismo. Halla límite la del uno en la libertad del otro; la del obrero en la del fabricante, y la del fabricante en la del obrero.

III.

Rechazamos por lo mismo el artículo 3.º No ignoramos que en el espacio de un año pueden sobrevenir, merced á la incessante perturbacion que producen la maquinaria, la concurrencia y la política, accidentes que hagan desear la reforma de ciertas condiciones establecidas en nuestros contratos; que no es prudente estipularlas por mas de aquel tiempo. Pero no concebimos por qué en el proyecto se ha de prohibir que así suceda. El interes, ya colectivo, ya individual, de fabricantes y obreros dictará naturalmente los contratos; y están ya alectados aquellos y estos por una dolorosa esperiencia. ¿Cuántos contratos se nos enseñarán donde el operario haya obligado ni por un año siquiera sus brazos? En mucho menos de un año puede además un arte sufrir una decadencia rápida y venir á gran ruina. El capricho de la moda hunde en meses

una industria; en días la generalización de una máquina. un acontecimiento político, una ley que pueda difundir por el campo fabril una verdadera alarma. ¿Deberemos prohibir que se estipulen contratos por mas de un solo día?

Concebimos tanto menos la existencia de este arte cuanto que no recordamos un hecho, es decir, un contrato entre un dueño de taller y un obrero que lo haga necesario; recordamos algunos que, tal como está hoy constituida la educación industrial, lo hacen insubsistente. Hechos que no habrá tenido probablemente en cuenta el autor del proyecto.

El aprendizaje no es mas que un contrato sobre prestación de servicios. El aprendiz se obliga á servir al maestro en los trabajos que vaya aprendiendo; el maestro al aprendiz enseñándole su arte. Si nó puede estipularse el contrato de prestación de servicios por mas de un año, ¿cuántos maestros querían aprendices?

No hablamos de la escepcion hecha en la segunda parte de este artículo en favor de los sobrestantes, contra-maestres, mayordomos ú otros cargos análogos que lleven consigo direccion ó vigilancia de otros trabajadores ó que tengan sueldo y obligaciones estipuladas en escritura pública. Admitida la regla, la escepcion es justa; mas ¿la regla es admisible?

IV.

Menos admisible es aun que solo en talleres ó establecimientos donde se ocupan mas de veinte personas se deban otorgar los contratos por escrito para que tengan fuerza civil de obligar. En talleres ó establecimientos de menos de veinte personas ocurren tambien cuestiones sobre si se cumple ó no lo estipulado en los contratos. Tendrán estos naturalmente fuerza civil de obligar, aunque celebrados de palabra: ¿cómo se probará ante los jurados la existencia de las condiciones, objeto de litijio? Se apelará probablemente á las aclaraciones de testigos. ¿Y qué! la prueba testimonial no es acaso mas fácil cuando se habla de grandes que de pequeños talleres? La coalicion que para deponer de un hecho contrario á los fabricantes se teme en los obreros, lo mismo puede tener lugar en unos establecimiento que en otros. No se necesitan por cierto mas de veinte testigos contestes y mayores de toda escepcion para hacer plena prueba en juicio. ¿Se pretenderá acaso que los obreros del mismo taller en que la cuestion haya sido suscitada no puedan ser testigos? Mas esto, sobre ser injusto, haria completamente

ilusoria la fuerza civil de obligar que se concede hoy á ciertos contratos estipulados de palabra.

Nosotros creemos que debería haberse establecido en lugar de este artículo: *bien individuales, bien colectivos, tendrán estos contratos la misma fuerza que los extendidos en escritura pública siempre que hayan sido otorgados por escrito. Habrá al efecto libros talonarios etc., etc.*

Redactado así este artículo, deja ya en libertad á dueños de talleres y obreros para que estipulen como quieran sus contratos. Mueve á estipularlos por escrito; hace que las cuestiones sean menos frecuentes y su resolución mas fácil. No altera en nada la legislación vigente sobre pactos verbales; introduce una novedad, pero una novedad necesaria, atendido el inmenso número de contratos industriales y la frecuencia con que han de celebrarse ó renovarse. Pretender que se extendieran estos contratos en escritura pública, sería empobrecer mas al obrero y crear trabas tanto para él como para los dueños de establecimientos. Pretender que por no estar extendidos en escritura pública no habian de tener la misma fuerza que si lo estuvieran, sería considerar de menos valor estos contratos que los que versan sobre venta de efectos ó pago de débitos. Admitimos por esto los libros talonarios de que habla el proyecto.

V.

Imparciales en todo, admitimos mas, admitimos por completo el artículo 5.^o No nos hemos propuesto impugnar la ley, sinó demostrar los vicios de que á nuestro modo de ver adolece ¡Ojalá no encontrásemos ninguno! La medida de que los operarios puedan llevar cuadernos en que anoten la parte de obra hecha, cuando esta deba pagarse por peso, número y medida y no se verifique el pago en el acto de la entrega; la de que en aquel mismo momento puedan comprobar la operación para cerciorarse de su exactitud y conformarse con la cantidad que deba ser satisfecha, son indudablemente disposiciones justas. Evitan cuestiones, garantizan el puntual cumplimiento de los contratos, imponen á los dueños de establecimiento una ligera obligación que á buen seguro llenarán con gusto cuantos no aspiren á enriquecerse ilegalmente sobre el trabajo del obrero.

Nosotros deseáramos tan solo que se hiciese extensiva la obligación á los operarios. Deno, puede resentirse el amor propio de muchos fabricantes. Observa uno, por ejemplo, que exigen esta formalidad sus obreros y no los de la fábrica inme-

diata; y cree naturalmente que no se tiene en él confianza. Mira con prevencion á sus trabajadores. Se suscitan celos y discordias.

¿Se dirá acaso que estas medidas, siendo obligatorias, son contrarias á la libertad del individuo? Mas si así fuese, deberían suprimirse por contrarias á la libertad todas las formalidades prescritas por las leyes para la celebracion de los contratos mercantiles y comunes. Las leyes civiles serian desde luego innecesarias todas. Estas disposiciones, aun siendo obligatorias, no solo no coartan la libertad de los contratos, la aseguran y protejen.

VI.

La libertad donde está abiertamente violada es en el artículo 6.º En él se lee: «El dueño de todo establecimiento industrial está obligado á formar y tener siempre á la vista de los operarios el reglamento de orden y disciplina que deba regir dentro de la fábrica, determinando muy principalmente las horas de entrada y salida. Si la autoridad aprueba estos reglamentos, sus infractores serán castigados con arreglo al artículo 494 del código penal, y además podrán ser despedidos del taller.»

Los reglamentos de un taller han de ser naturalmente otras tantas condiciones de los contratos sobre prestacion de servicios. Todo lo relativo á contratos y á su cumplimiento ha sido siempre materia de legislacion civil y no de legislacion penal. ¿Por qué lo han de ser de legislacion penal los contratos de la clase obrera?

Los operarios quedamos merced á esta disposicion, sujetos como los soldados á una verdadera ordenanza, á una ordenanza cuyas infracciones son punibles en nosotros y no en los dueños de establecimiento. ¿Dónde está aquí la igualdad ante las leyes? El soldado, cuando entra en el ejército, sacrifica por un tiempo dado su libertad y su vida. La nacion cuida en cambio de su suerte: le calza y viste, le aloja y le mantiene. La ordenanza militar está, cuando menos al parecer, justificada: 1.º por el sacrificio del soldado mismo; 2.º por ejercer aquella su accion sobre hombres que directa y esclusivamente dependen del Estado; 3.º por la especialidad del servicio de las armas. Mas nuestro servicio es el que todo individuo se debe á si mismo y á su especie: producir algo para satisfacer las necesidades de la vida. No es especial ni puede cohonestar la reacion de reglamentos especiales. Nosotros no tenemos en

el Estado mas ni menos garantías que los demas ciudadanos. Ni apaga nuestra sed, ni acalla nuestra hambre, ni cubre nuestro cuerpo, ni tiene para nosotros un cuartel de inválidos ¿Cómo puede egercer un rigor especial contra nosotros? Nosotros por fin, hijos del trabajo, que emancipa y no esclaviza, no abjuramos al entrar en un taller nuestros derechos de hombres. Entre el que egecuta y el que dirige las operaciones industriales no vemos diferencia porque todos concurrimos por igual á la creacion de los productos. Respetamos y debemos respetar á mayordomos y fabricantes; mas porque queremos que tambien nos respeten. ¿Acaso no tenemos á ello derecho? La reciprocidad es la ley de la humanidad; y somos hombres. El trabajo es el mejor título á la vida y á la libertad y trabajamos. ¿En qué puede, pues, apoyarse la justicia de la legislación especial que se establece en este artículo? en que el hecho de que esta legislación lleve solo sancion penal para el obrero?

Estos reglamentos serán, además, solo en la apariencia dictados por los fabricantes, en la realidad por el gobierno. ¿Ha de aprobarlos la autoridad indistintamente? Se niega entonces y se pone á merced de los capitalistas. Premia aquí lo que allí considera digno de castigo; cae en la contradicción y en el absurdo. Esto ni siquiera es concebible. La autoridad aprobará naturalmente solo aquellos reglamentos que estén conformes con las ideas que tengan de antemano concebidas sobre la organización de los talleres. Cercenará los unos, aumentará los otros, vaciará al fin todos los de cada profesion en un mismo molde. ¿Quien será el verdadero legislador? Y se ha establecido en el artículo 2.º que la autoridad no puede intervenir en los contratos sobre prestacion de servicios y obras. Aquí la ley está ya en contradicción consigo misma.

¿A qué reglamentos? Cuando el obrero falta, es despedido: ¿qué mas castigo? Aquel día no comerán tal vez ni él ni su familia. Si injuria al fabricante, si procede con él á vias de hecho, están á mano los tribunales ordinarios. Toda legislación especial es odiosa, mucho mas si lleva consigo imposición de penas. Suprimanse estos reglamentos, quíteseles por lo menos la sancion penal, hágase que, pues versan sobre el contrato mismo, vengán suplidos por la mayor latitud de las condiciones estipuladas y escritas en los libros talonarios.

Con demasiado rigor se procede ya en los talleres. No se den mas armas á sus dueños. Ténganse por seguro que este rigor es una de las causas mas eficaces del antagonismo siempre creciente entre fabricantes y operarios. No se le encrudez-

ca mas, si de corazon se desea armonizar el capital y el trabajo. El obrero tambien siente; su amor propio lastimado no le exaspera menos que el hambre.

Igualar y no destruir habia de ser el objeto de este proyecto, y el artículo 6.º no iguala, distingue. Nosotros le suprimiríamos.

VII.

No suprimiríamos el artículo siguiente. Se abusa de los niños. Se los sacrifica á trabajos prematuros. Se impide el desarrollo de sus fuerzas y el de su inteligencia. Aparecen así en el teatro de la vida social generaciones cada vez mas embrutecidas y raquíticas. Con esto los intereses del trabajo sufren. Sufre la moralidad. Sufre el progreso material é intelectual de las naciones.

Llegan los niños al estado de adultos, y no se hallan espuestos á menos peligros. Trabajan diez y doce horas por dia. Objeto de explotacion para sus maestros, incesantemente ostigados, tienen que trabajar sin tregua. ¿Cuándo están, sin embargo, mas asediados por enfermedades de muerte? ¿Cuándo son mas susceptibles de adquirir esos conocimientos que hacen del hombre un ciudadano útil para el Estado, un padre útil para su familia y un agente útil para los adelantos de las artes?

El uso de nuestras fuerzas, aun cuando estén ya desarrolladas, tienen límites que no traspasamos casi nunca impunemente. Si los traspasamos, ó contraemos enfermedades mas ó menos graves, ó precipitamos el curso de la vida y llegamos jóvenes al borde del sepulcro. Se resienten tambien de esto las familias, se resienten los intereses generales de la sociedad entera.

Los gobiernos están en el deber de evitar estos desórdenes, como en el de combatir todos los hechos que puedan perturbar la salud pública y la decadencia y ruina del Estado. Lo están por lo menos, mientras no abjuren la parte del poder de que hoy disfrutan, ó lo que es lo mismo, mientras no se nieguen.

¿Habrán de violar por esto la libertad del individuo? Libertad para dañarnos y dañar no existe. Nuestra ley moral no la admite; y al condenarla la ley escrita, no hará mas que ser el eco fiel de todas nuestras conciencias.

Movidos por todas estas razones, no podemos menos de aprobar el pensamiento del artículo segundo; mas creemos

el Estado mas ni menos garantías que los demas ciudadanos. Ni apaga nuestra sed, ni acalla nuestra hambre, ni cubre nuestro cuerpo, ni tiene para nosotros un cuartel de inválidos. ¿Cómo puede egercer un rigor especial contra nosotros? Nosotros por fin, hijos del trabajo, que emancipa y no esclaviza, no abjuramos al entrar en un taller nuestros derechos de hombres. Entre el que egecuta y el que dirige las operaciones industriales no vemos diferencia porque todos concurrimos por igual á la creacion de los productos. Respetamos y debemos respetar á mayordomos y fabricantes; mas porque queremos que tambien nos respeten. ¿Acaso no tenemos á ello derecho? La reciprocidad es la ley de la humanidad; y somos hombres. El trabajo es el mejor título á la vida y á la libertad y trabajamos. ¿En qué puede, pues, apoyarse la justicia de la legislacion especial que se establece en este artículo? en que el hecho de que esta legislacion lleve solo sancion penal para el obrero?

Estos reglamentos serán, además, solo en la apariencia dictados por los fabricantes, en la realidad por el gobierno. ¿Ha de aprobarlos la autoridad indistintamente? Se niega entonces y se pone á merced de los capitalistas. Premia aquí lo que allí considera digno de castigo: cae en la contradiccion y en el absurdo. Esto ni siquiera es concebible. La autoridad aprobará naturalmente solo aquellos reglamentos que estén conformes con las ideas que tengan de antemano concebidas sobre la organizacion de los talleres. Cercenará los unos, aumentará los otros, vaciará al fin todos los de cada profesion en un mismo molde. ¿Quien será el verdadero legislador? Y se ha establecido en el artículo 2.º que la autoridad no puede intervenir en los contratos sobre prestacion de servicios y obras. Aquí la ley está ya en contradiccion consigo misma.

¿A qué reglamentos? Cuando el obrero falta, es despedido: ¿qué mas castigo? Aquel dia no comerán tal vez ni él ni su familia. Si injuria al fabricante, si procede con él á vias de hecho, están á mano los tribunales ordinarios. Toda legislacion especial es odiosa, mucho mas si lleva consigo imposicion de penas. Suprimanse estos reglamentos, quíteseles por lo menos la sancion penal, hágase que, pues versan sobre el contrato mismo, vengán suplidos por la mayor latitud de las condiciones estipuladas y escritas en los libros talonarios.

Con demasiado rigor se procede ya en los talleres. No se den mas armas á sus dueños. Téngase por seguro que este rigor es una de las causas mas eficaces del antagonismo siempre creciente entre fabricantes y operarios. No se le encrudez-

ca mas, si de corazon se desea armonizar el capital y el trabajo. El obrero tambien siente; su amor propio lastimado no le exaspera menos que el hambre.

Igualar y no distinguir habia de ser el objeto de este proyecto, y el articulo 6.º no iguala, distingue. Nosotros le suprimiríamos.

VII.

No suprimiríamos el articulo siguiente. Se abusa de los niños. Se los sacrifica á trabajos prematuros. Se impide el desarrollo de sus fuerzas y el de su inteligencia. Aparecen así en el teatro de la vida social generaciones cada vez mas embrutecidas y raquiticas. Con esto los intereses del trabajo sufren. Sufre la moralidad. Sufre el progreso material é intelectual de las naciones.

Llegan los niños al estado de adultos, y no se hallan espuestos á menos peligros. Trabajan diez y doce horas por dia. Objeto de explotacion para sus maestros, incesantemente ostigados, tienen que trabajar sin tregua. ¿Cuándo están, sin embargo, mas asediados por enfermedades de muerte? ¿Cuándo son mas susceptibles de adquirir esos conocimientos que hacen del hombre un ciudadano útil para el Estado, un padre útil para su familia y un agente útil para los adelantos de las artes?

El uso de nuestras fuerzas, aun cuando estén ya desarrolladas, tienen limites que no traspasamos casi nunca impunemente. Si los traspasamos, ó contraemos enfermedades mas ó menos graves, ó precipitamos el curso de la vida y llegamos jóvenes al borde del sepulcro. Se resienten tambien de esto las familias, se resienten los intereses generales de la sociedad entera.

Los gobiernos están en el deber de evitar estos desórdenes, como en el de combatir todos los hechos que puedan perturbar la salud pública y la decadencia y ruina del Estado. Lo están por lo menos, mientras no abjuren la parte del poder de que hoy disfrutan, ó lo que es lo mismo, mientras no se nieguen.

¿Habrán de violar por esto la libertad del individuo? Libertad para dañarnos y dañar no existe. Nuestra ley moral no la admite; y al condenarla la ley escrita, no hará mas que ser el eco fiel de todas nuestras conciencias.

Movidos por todas estas razones, no podemos menos de aprobar el pensamiento del articulo segundo; mas creemos

que necesita de enmienda. No cabe desde luego tolerar que solo en establecimientos de mas de veinte personas se admitan impúberes. 1.º porque hay en ciertas industrias operaciones que solo niños pueden egecutar cómodamente; 2.º porque empleando en estas operaciones á adultos, sobre encarecer forzosamente el precio de la mano de obra, se provocaria un mal mucho mayor por evitar otro de menos trascendencia; 3.º porque se quitaria asi al pequeño capital los escasos medios de que ya dispone para luchar con el grande, y la ley, que ha de tener por objeto la igualdad, entronizaria al fuerte sobre la ruina del débil. La ley, para no ser injusta y corresponder á las necesidades actuales de la industria, debe contentarse con fijar la edad á que podrán ser admitidos los niños en todos los talleres. No estamos tampoco conformes con la establecida en el artículo. A los ocho años pocos niños han recibido la instruccion primaria. Y estamos en que deben haberla recibido antes de poner el pie en un establecimiento. Se alegrará que ya se consigna que no trabajen sino por la mañana ó por la tarde á fin de que puedan asistir á las escuelas gratuitas. Mas la naturaleza de la instruccion primaria y sobre todo la edad del niño no permiten esa doble série de trabajos. Generalmente el que entra en el taller leyendo mal y escribiendo peor, lee mal y escribe peor toda su vida. Importa poco que tenga luego padres celosos ni celosos maestros. Adelanta raras veces y retrocede muchas. Despues de cinco ó seis horas de trabajo ¿qué ha de desear naturalmente el niño mas que jugar y espaciarse? La necesidad de su mismo desarrollo le hace jugueteo y movimiento. Nosotros fijáramos la entrada de los niños en el taller á los diez años. De los diez á los doce les dejaríamos tambien libre la mañana. Creáramos para ello escuelas especiales donde en hora y media, cuando mas, se les hiciera repasar y perfeccionar lo aprendido. Ya que no hubiesen aprendido aun nada, confiaríamos al cuidado de sus padres el modo y tiempo de instruirlos. La enseñanza debe ser gratuita, quizás obligatoria. Asi por lo menos pensamos nosotros.

A los diez años los mas de los niños que han de seguir carreras literarias, han entrado ya en la segunda enseñanza; los que hayan de seguir carreras industriales bien pueden entrar en el egeercicio de las primeras operaciones de su arte. Si estuviera ya organizada la enseñanza profesional, sería de seguro preferible que entrasen en las escuelas donde se la diese; mas ni lo está ni creemos que pueda estarlo en mucho tiempo. Será tal vez fácil organizarla cuando el principio de la asociacion aplicado á nuestra clase haya llegado á su último periodo de



desarrollo. No lo es ahora y lo confesamos ingénuamente.

No nos separemos, sin embargo, del artículo. De doce á diez y ocho años se dice en él no podrán trabajar sino diez horas. Este *sino diez horas* nos parece sumamente duro. ¿Cuántas se supone entonces que deberemos trabajar los que pasamos de diez y ocho años? El hombre, según parecer de los médicos, ha de consagrar para la reparación de sus fuerzas siete horas al sueño. Necesita dos para comer, otras dos cuando menos para su instruccion y el alimento de su espíritu, una para el cuidado de sus intereses domésticos: quedan para el trabajo once. ¿Podrá nunca pasar de once el jornal del hombre ya formado? Un trabajo intelectual de mas de once horas rinde la cabeza mas fuertemente organizada, un trabajo material estenua al mas robusto. Podrá este y aquel resistirlos por mas ó menos tiempo; pero tarde ó temprano deplorarán el abuso. Los ejemplos sobre una estadística rigurosa levantada al objeto vendrían de seguro á confirmar el aserto.

Creemos firmemente que todo el artículo debiera estar concebido en estos términos: «Se fija la duracion del jornal en diez horas y media; la de los adultos de menos de diez y seis años en ocho; la de los niños de menos de diez en cuatro. Las cuatro serán continuas.»

¿Deberemos explicar aun mas los motivos de esta reforma? Hay padres que materialmente inmolan á sus niños en aras de la necesidad y de la codicia, adultos que por un afán inmoderado de lucro inmolan su porvenir ante las aras de lo presente; hombres que para cubrir mejor las necesidades de su familia se inmolan ante las aras de sus hijos para dejarlos luego en la horfandad y la miseria; fabricantes sin corazon que inmolan pueblos enteros antes las aras de su fatal ambicion condenándolos á un trabajo diario de diez y seis horas. ¿Urge ó no el remedio?

VIII.

El artículo 8.º es á nuestro modo de ver completamente inútil. ¿En qué país civilizado hemos de entrar en casa ajena sin licencia de su dueño?

IX.

En el noveno hallamos bien establecido: que se castigue á los operarios que impidan á otros concurrir á los talleres; que se castigue igualmente á los que impusieren multas, prohibi-

ciones ó mandatos á los dueños de establecimientos industriales ó á los encargados, ó á los obreros con el fin de impedir el trabajo. No sabemos que esto haya jamás acontecido; mas pasamos porque se prevenga y declare punible, siendo una abierta violacion de la libertad del individuo. Lo que no podemos admitir ya es que se consideren merecedores de igual pena á *los que colectivamente abandonen el trabajo sin motivo*. Los dueños de taller sin motivo conocido, con pretextos especiosos, ó tal vez con intencion siniestra despiden frecuentemente en masa á los obreros. Dejan de improviso sin pan á una multitud de padres de familia. Los obligan á que tomen parte en disturbios cuyo objeto condenan. Fuerzan su voluntad por hambre. Y no es muchas veces uno solo el que sigue esta conducta; la siguen todos ó los mas de una misma profesion, ó todos ó los mas de un mismo pueblo. No está escrita sin embargo esta parte del artículo para ellos y nosotros sino para nosotros exclusivamente. La igualdad ante la ley, ¿no está aquí otra vez sacrificada?

¿Cuándo podrá suceder además que los obreros abandonen colectivamente el trabajo *sin motivo*? La baja de salarios, cuando no haya razones que la justifiquen, suponemos que será un motivo. La imposicion de condiciones onerosas ó degradantes para la clase será indudablemente otro motivo. ¿Por qué otros motivos se ha abandonado colectivamente los talleres? Se habrá recordado quizás la suspension de este mismo año en Cataluña; mas si hubo allí imprudencia de parte de los obreros ¿no la hubo mayor de parte de una autoridad que de repente y sin razon alguna atenta contra los fondos y hasta contra la existencia de asociaciones que cuentan años de vida?

Negar por otra parte á los individuos lo que se concede al individuo, sobre no ser lógico, está sugeto á mil dificultades. Si no hemos celebrado contrato por un tiempo dado, puede cada uno de nosotros abandonar el taller sin dar esplicaciones de su conducta. Porque lo abandonemos todos en un mismo dia ¿hemos ya de explicarla y esponernos á un castigo? Podemos haber obrado todos individualmente á impulsos de unas mismas causas. ¿Qué regla podrán tener los jurados para decidir si nuestra resolucion ha sido ó no colectiva? A falta de hechos, que acrediten haber habido reunion y acuerdo previos, creemos que no tendrán ninguna. ¿Es tan difícil ocultar los hechos? ¿tan difícil obrar de mancomun sin necesidad de reunion ni de acuerdo colectivo?

Fundados en esta disposicion, no queda la menor duda, se dirá, que abandonamos colectivamente el trabajo siempre que

á la vez lo abandonemos muchos; y al fin el artículo vendrá á herir, contra la voluntad del que lo ha escrito, el derecho que individualmente no se nos puede negar ni se nos niega.

Queremos prescindir aun de que en los actos colectivos está precisamente la fuerza de que necesitamos para hacer frente á las exigencias de los capitalistas. Obrando aislados ¿qué hemos de poder nosotros que vivimos de nuestro salario del día contra hombres que pueden vivir años con lo atesorado? Deseamos que se fije bien sobre este punto la atención de los legisladores.

X.

Para nosotros no hacen mas que egercer una libertad indisputable, tanto los fabricantes que colectivamente despiden á sus operarios, como los operarios que abandonan colectivamente sus talleres. Solo los que procedan sediciosamente y sediciosamente causen daño, son dignos de castigo. Estos han de venir en efecto comprendidos en el art. 164 del código. Lo vendrian aun cuando no se consignase en este nuevo artículo, que aprobamos por completo.

XI.

No nos es lícito aprobar así el siguiente. Deseamos que no se deje de respetar á nadie; mas no podemos consentir de ningún modo en que nuestras faltas de respeto á los dueños de taller sean punibles y no las de los dueños de taller hacia nosotros. Nos lo impide nuestra dignidad de hombres. Los dueños de taller ¿son en realidad superiores al obrero? Antiguamente tenían el título de maestros. Lo habian recibido despues de años de oficiales mediante exámen ante los prohombres de los gremios. Podian suponerse superiores al obrero en gerarquía y conocimientos. Hoy, empero, gerarquías y clases no existen, los gremios han desaparecido, no hay maestros. El capital constituye el dueño de taller y no los conocimientos. Obreros y no pocos dejan muy atras á los que los toman á salario. ¿Vendremos á consagrar el principio de que el poseedor de seis ducados es superior al que tenga solo cuatro?

Por lo menos ante la ley somos iguales: ó dueños y obreros hemós de venir por este artículo comprendidos en el 483 del código, ó no ha de venir ninguno.

No se olvide que, como llevamos indicado, el mal trato de

los fabricantes para con los operarios es una de las causas mas eficaces y constantes de nuestro mútuo antagonismo.

XII.

Permitasenos ahora que pasemos por alto el artículo 42. Es bueno y lo aprobamos; pero guarda tan poca relacion con los anteriores y posteriores que le consideramos mal intercalado. Creemos que podria muy bien reservársele para cabeza del reglamento de egecucion que en el mismo se promete. ¿Servirá acaso de algo mientras este reglamento no parezca?

XIII.

Convenimos por fin perfectamente en que *si por infraccion de los reglamentos ó por imprudencia ó falta de prevision ocurre algun daño material al operario ó dependiente, los gastos de curacion así como los salarios que le hubieran correspondido en los dias en que no haya trabajado sean de cargo del dueño del establecimiento*; ¿mas qué significan las palabras *y tendrá el dueño que indemnizarle si se inutilizase para siempre*? Lo lógico es aqui que, pues ha de pagar el dueño al obrero inutilizado temporalmente los salarios que durante su curacion le corresponden, los siga pagando al obrero inutilizado para siempre hasta el dia en que estemuera. ¿Cómo se puede indemnizar á un hombre? tiene acaso precio su vida? Cabria capitalizar este salario; mas en la capitalizacion habria siempre cierta eventualidad para el obrero. Esta capitalizacion habia de tener lugar en todo caso mediante el pleno consentimiento del interesado.

XIV y XV.

Pero entramos ya en nuestro caballo de batalla. Dejemos á un lado toda otra euestion. Esta es para nosotros la cuestion de las cuestiones.

¿Podemos asociarnos? Nadie se atreve á negarlo. Ni ¿quién ha de atreverse cuando solo por la asociacion se ha realizado toda idea social y llevado á cabo toda grande empresa? ¿Cuándo solo asociándonos hemos substituido la vida civil á la salvaje? ¿Cuándo solamente la asociacion da realidad á las entidades colectivas que llamamos pueblo, nacion, especie humana? Cuándo la sociabilidad es uno de los elementos constitutivos de nuestro carácter?

Mas estais asociados ya, se nos contesta; formais parte de

una nacion que defiende vuestra personalidad contra los ataques de la fuerza. Esta asociacion no garantiza, sin embargo, el valor de nuestras facultades contra las exigencias del capital ni asegura nuestra vida del hambre. Tiene su objeto y sus limites. Procura el bienestar general, mas prescindiendo de las víctimas que inmola ante ese mismo bienestar la fatalidad de sus leyes. Consumidora y no productora, no tiene talleres en que ocupar á los que están faltos de trabajo. Acreedora tan solo á una parte de los beneficios de los asociados y no á todos los fondos de los mismos, no dispone de recursos para darnos pan de que comamos. Mandataria y no mandante, no puede ni emplear estos recursos contra los acuerdos de mayorias que por su número y la diversidad de sus aspiraciones han de sacrificar, mas que no quieran, el interés de las clases y de los individuos al interés de la masa. Inferior y no superior á la libertad de los que la componen, ha de respetarla por fin aun cuando la vea convertirse para unos en arma de tiranía y para otros en motivo de miseria y servidumbre. ¿Ha de bastar esta asociacion para nosotros? Ni para nosotros ni para nadie. El propietario ha de entrar en una asociacion especial con los de su clase para asegurar sus casas del incendio, y sus campos del granizo. El abogado, el médico han de formar parte de otras asociaciones especiales, si no quieren morir dejando abandonados á una suerte incierta á sus esposas y sus hijos. Los pequeños capitales han de asociarse para sostener la concurrencia contra los grandes. Y nosotros los mas débiles ¿no tendremos necesidad de asociarnos?

Partamos de hechos y vayamos razonando. La asociacion nacional española ha convenido hace veinte años en declarar el trabajo libre, en no poner tasa á la introduccion de máquinas, en no prescribir limites á la concurrencia. ¿Se dudará de que haya procedido con acierto? El rápido desarrollo de la industria y el considerable aumento de la riqueza pública justifican plenamente aquella gran revolucion económica. Ha costado, no obstante, numerosas víctimas. Cada nueva máquina ha producido y produce una eliminacion de brazos; la concurrencia entre los dueños de taller, el entronizamiento de los fuertes sobre la ruina de los que pueden menos; la concurrencia entre los obreros, la baja indefinida de los salarios. ¿Lo ha ignorado la asociacion nacional? No; mas ha dicho: «Los brazos eliminados hallarán mas tarde quien los solicite, los capitalistas sacrificados por la concurrencia serán los agentes mas activos del trabajo; nuevas industrias y el mayor desenvolvimiento de las ya establecidas detendrán la baja en el precio de